ENRIQUE LIHN
LA PIEZA OSCURA
Lectulandia

En 1963, el año de *Rayuela* y *La ciudad y los perros*, se publicó *La pieza oscura*, el tercer libro de Enrique Lihn. El poema que le da título introduce una nueva voz lírica, pero también narrativa, confesional y simultáneamente capaz de hacer nuestra, de verbalizar para nosotros una experiencia común: el descubrimiento de la sexualidad por unos cuantos niños y niñas que juegan en ausencia de sus parientes. Desde el comienzo se establece un tono de voz que en adelante reconoceremos siempre como rasgo particular de Lihn, y en este sentido, incomparable e inimitable.

Enrique Lihn inaugura, y tal vez también clausura, la era de la desconfianza en la poesía hispanoamericana. Si el poema no puede cambiar el mundo ni convertirse en bien de consumo, si está fuera de la historia y al margen del mercado, tampoco es posible dejar de escribirlo. El poeta no es ya «pequeño dios» ni bardo que exalta las luchas de su pueblo. No es Huidobro ni Neruda. No es «mago» ni tampoco «antipoeta».

José Emilio Pacheco

Enrique Lihn

La pieza oscura

ePub r1.0
Titivillus 05.02.2020

Título original: *La pieza oscura*
Enrique Lihn, 1963

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

UNA VACILANTE CLARIDAD

por Kurt Folch Maass

behind every beautiful thing,
there is some kind of pain

Bob Dylan

Hay una desproporción casi inexplicable —o al menos irónica— entre el escaso eco crítico que en 1963 recibió la publicación de *La pieza oscura*, y el efecto profundo y decisivo que este libro, el tercero de la producción poética de Enrique Lihn, ha venido causando desde entonces en el desarrollo de la poesía chilena. La obra —que incluye la mayoría de los poemas más antologados del autor— fue saludada con admiración por algunos lectores atentos (Pedro Lastra, Filebo, Alfonso Calderón, Ricardo Latcham y Hernán Loyola), pero, más allá de las menciones laudatorias de rigor y de un buen ensayo de Cedomil Goic, la crítica del momento no acusó recibo de la real magnitud de la propuesta de Lihn.

Era una época que agonizaba y un poeta debía irse con cuidado (irse «con pie de plomo», diría el propio Lihn). Gabriela Mistral había fallecido hacía poco, Pablo Neruda, Pablo de Rokha y Nicanor Parra dominaban el panorama nacional, y fuera de nuestras fronteras, Ezra Pound, T. S. Eliot, W. H. Auden. André Breton y un amplio etcétera de poetas, narradores, artistas y teóricos seguían en plena vigencia. Tal vez la confusión crítica que marcó la primera recepción de *La pieza oscura* se debió a ese telón de voces y discusiones que demoraron la justa valoración del lenguaje y de los conceptos que Lihn ponía sobre el tapete. Para una crítica que aún no comenzaba o terminaba de apañárselas con Parra o de Rokha, entre otros, resultó más fácil, entonces, adscribir estos poemas a la antipoesía. No supieron qué hacer con una poesía de por sí reacia a las clasificaciones y menos comprometida que cualquiera otra con catecismos morales o heroísmos políticos: la voz incómoda de un individuo incómodo.

Con *La pieza oscura* irrumpe en Chile un nuevo trato, conceptual y práctico, con las posibilidades del arte en general. Lihn, el mul-tifacético, no dialoga sólo con la poesía, sino que con la literatura y el arte en prácticamente todas sus expresiones. Ésta es la obra de un treintañero que luce la cristalización de sus capacidades en un trabajo de envergadura mayor, donde

se hace definitivamente reconocible «el estilo Lihn»: lírico, romántico —de dientes apretados, eso sí— y autoconciente. Las imágenes se extienden de forma reflexiva en una especie de espiral sin retorno de asociaciones. Por momentos pareciera que el lenguaje se impone por sí mismo, pero el discurso siempre mantiene un raro y crucial apego a los hechos.

«La mixtura del aire en la pieza oscura»: ésta, la primera imagen del primer poema (alrededor del cual gira el resto de la obra, a excepción de los dos monólogos y las elegías), señala el tono, la forma y el sentido de todo lo que vendrá. El poeta habla desde el misterio de algo que siente (que presiente) y que lo mantiene en constante tensión, atento a lo que puede ocurrir, y de hecho ocurre: una revelación tardía, tan decisiva como irrecuperable, sólo visible a través del lenguaje. El poeta realiza, entonces, algo así como un escrutinio: llena la página de palabras, es decir, de tiempo que transcurre y de conciencia.

Lihn lucha, a partir de este libro y en adelante, por constituir una línea de resistencia a favor de la lucidez. La opción por una poesía inteligente proviene del hartazgo ante el yo inflado de ciertos versificadores en boga: poetas —o «guaripoetas», como los llama Lihn en una entrevista— pretendidamente románticos y malditos. En el prólogo de 1963, Jorge Elliott es certero: «Lihn no está del todo bien como no lo está nadie. No obstante sale a peregrinar, y por eso, lo que nos dice fluye de la experiencia efectivamente tangible a la surrealista del delirio». Elliott vio en Lihn a un autor que no estaba para acomodar su escritura en ningún nicho afín a sus ideas. *La pieza oscura* es la manifestación de un desacomodo existencial frente al paso inexorable del tiempo. El presente es el momento de vacío e incertidumbre que late a través de «un imperceptible sonido musgoso» o «una vaga llovizna sangrienta»,«vidriándonos la noche de un bosque inexpugnable».

En su desajuste Lihn trata de imponer cierto orden. El libro insiste en la necesidad de un esfuerzo de concentración que conduzca a distinguir algo en la oscuridad de esa pieza (el vientre donde habita Jonás), para definir cabalmente lo que allí ocurrió: la irrupción del mundo, la realidad, el tiempo. Para lograrlo el poeta toma conocimiento radical de su materia prima, opera como un cirujano (su precisión es científica) del lenguaje, con comprensiva frialdad; ensaya y logra una escritura donde la crispación sensitiva produce cadenas, secuencias lingüísticas de imágenes que se pliegan, se relacionan, se llaman unas a otras.

Ahora bien, esto no es casual y tiene sus antecedentes: es evidente que la antipoesía está presente en esta obra (particularmente en poemas como *Monólogo del padre con su hijo de meses* y *Monólogo del viejo con la muerte*). Lihn fue uno de los que hicieron suyo el llamado de Parra a bajar del Olimpo, pero no en calidad de acólito sino que para ensayar una nueva estrategia en el uso de la lengua. Una buena síntesis del asunto la da José Donoso en uno de los artículos de la época dedicados a *La pieza oscura*: «El parecido [de Lihn con Parra] es más temperamental que otra cosa: la poesía de ambos es antirretórica, inteligente, rebelde, buscadora de caminos nuevos. Esta actitud, pura en Parra, que es el más intelectual de los dos, es más apasionada, menos burlona en Lihn». Efectivamente, el tono parriano es aquí trastocado, no deja de ser amargo, pero es menos satírico, más melancólico y, si cabe, más santiaguino.

Los poemas de *La pieza oscura* constituyen, en bloque, una reflexión lírica donde se plantea el conflicto de lo personal ante la ago-biadora totalidad: «¿Qué es tu pequeña historia comparada con la historia?». Predominan temas como la crueldad del amor, la infancia y el momento de iluminación-iniciación: «Y yo mordí, largamente en el cuello a mi prima Isabel». La memoria y la conciencia, tal como aparecen en poemas como *La pieza oscura*, *Zoológico* o *Invernadero*, se nutren de la constatación de reiteraciones esenciales del ciclo de sobrevivencia de la especie y frente a eso, el significado misterioso del *ahora*. El instante de conciencia se traduce en angustia, en una incógnita soledad irreparable que se cierra desde todas direcciones.

El poeta lucha, quizá en vano, por impedir que la memoria se llene de olvido: «una inocente canción sin asunto que uno terminaría por aprender a oír» (una canción que tiende a hacer la vida engañosamente tolerable). Es aquí donde entran la amargura y la melancolía que vinculan a Lihn con el mejor Eliot: la incrustación de diálogos casi superfluos, el entorno familiar como foco constante de tensión emocional, que nunca es desahogada por nadie, la fragmentación del hablante en diversas voces, como ocurre en el poema Raquel. La amargura termina en el instante mismo en que se expresa, gracias a la vibración, a la fuerza del rechinar de dientes:«ensaya» le dice el padre a su hijo de meses, a pesar de que el hombre es sólo, antes que nada y después de todo,«… la fiera/ vieja de nacimiento, vencida por las moscas,/ babeante y resoplante».

Un lector, un buen lector, debe poner atención a Lihn: le conviene. La poesía de Lihn construye un retrato íntimo, de implacable realismo, de unas

criaturas —nosotros— absurdas, torpes y crueles que destilan una tristeza perpetua y una alegría parcial. La alegría que proporciona el breve recuerdo de un momento en que no estuvimos solos, o lo estábamos pero éramos niños: el minuto irreductible, irre-nunciable, cuando un relámpago iluminó las paredes de la caverna, el vientre de la ballena: «Soy en parte ese niño que cae de rodillas/ dulcemente abrumado de imposibles presagios/ y no he cumplido aún toda mi edad/ ni llegaré a cumplirla como él/ de una sola vez y para siempre». Luego, después, mucho después de aquel instante de felicidad, vienen cosas como ésta: la poesía, el libro, la convicción de que la luz es más bien escasa y por lo tanto valiosa, preciada. El trabajo del poeta debería tender, entonces, a una cierta vacilante claridad, a pesar de la fragmentación caótica de un mundo regido por el garrote y el dinero.

Marzo 2005

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN (1963)
por Jorge Elliott

Hay poetas en Chile y Enrique Lihn es uno de ellos, uno de los verdaderos. Es, además, un poeta que reside en el valle de la poesía, sin que por eso se haya vuelto provinciano, sin que por eso viva del pasado, añorando otra época, ensoñando la «Arcadia» perdida. Otros, a la manera de Alejandro de Macedonia, simplemente cortaron el nudo «gordiano» y, con la espada en la mano, partieron hacia continentes hostiles para someterlos al imperio de la poesía por la agresión. Al menos uno de ellos empuñaba la espada mágica «excalibur». Enrique Lihn, con sus dedos sensibles y pacientes, deshace ese nudo cuando se le antoja y vaga tranquilamente en territorios extranjeros, sin que nadie lo resista. Los más audaces, en medio de la refriega, lo encuentran a su lado con las manos en los bolsillos, pero con los ojos abiertos y, aunque febril, alerta. Desaparece y luego regresa al terreno de lo poético. Enrique Lihn no está del todo bien como no lo está nadie. No obstante sale a peregrinar y, por eso, lo que nos dice fluye de la experiencia efectivamente tangible a la surrealista del delirio:

¿Nos perdimos realmente en el bosque? Esto podría ser como el claro
del sueño…

Las hojas nada dicen que no esté claro en las hojas…

… sólo la fiebre habla de lo que en ella habla con una voz distinta,
cada vez.

La gran magia de la poesía de Enrique Lihn reside para mí, su lector, no tanto en la «música de sus ideas», como en el murmullo subterráneo, subjetivo, subsexo, subansia que la recorre. Nos produce un sobresalto como el rumor que anuncia un temblor y que pasa sin destruir nada, pero que agita el corazón porque nos deja con nuestra mortalidad anudada en el cuello y nuestra carne temblorosa, amarrada a la vida, a la angustia de sus deseos. Para usar sus propias palabras:

Imposible distinguir entre el sudor y las lágrimas
que se disputan dos bocas resecas.

que se disputan dos bocas resecas.

Schopenhauer decía: «La música nunca expresa los fenómenos, sólo el ser interior, la esencia de los fenómenos» y la poesía hace lo mismo, no cuando intenta ser música, un campanilleo de palabras plateadas, sino cuando sus imágenes surgen en oleadas y nos acosan en la sangre misma. La música «poética» de Lihn resuena en nosotros cuando sus imágenes se «empavonan» ellas mismas y, antes de que sean vistas del todo, se transmutan en sensación interna. El encuentro dialéctico entre la imagen y lo sentido la esfuma y termina en nosotros en una vibración tensa que gime. Dice:

… Se levantan los años empavonados del aire que entra al invernadero
lleno de vidrios rotos
vidriándonos la noche de un bosque inexpugnable.

Esto no es mera vaguedad. La imprecisión denotativa no corresponde a una imprecisión emotiva. Se crea una lucha dialéctica de imagen y sentir, por cuanto «los años empavonados del aire» levantan, visualmente, una estructura muy semejante al «invernadero lleno de vidrios rotos» y, sin embargo, esta estructura se deshace y entra «empavonada» al invernadero. Es que el empavonamiento de los años es otra cosa al del vidrio y, no obstante, los vidrios, al estar «rotos», pertenecen también al orden del tiempo. Finalmente, estamos perdidos en la «noche de un bosque inexpugnable» «vidriada». El choque de estas imágenes fragmentarias, desvanecientes, nos da una resonancia «empavonada», «vitrea». ¿Dónde estamos? Lo que «hay» es el bosque inexpugnable. Este bosque tiene… un pavoroso «adentro». El mundo poético de Lihn es un mundo que debemos arriesgarnos a explorar. Este libro nos da la oportunidad de ello.

A mis padres

LA PIEZA OSCURA

La mixtura del aire en la pieza oscura, como si el cielorraso hubiera amenazado
una vaga llovizna sangrienta.
De ese licor inhalamos, la nariz sucia, símbolo de inocencia y de precocidad
juntos para reanudar nuestra lucha en secreto, por no sabíamos no ignorábamos qué causa;
juego de manos y de pies, dos veces villanos, pero igualmente dulces
que una primera pérdida de sangre vengada a dientes y uñas o, para una muchacha
dulces como una primera efusión de su sangre.

Y así empezó a girar la vieja rueda —símbolo de la vida— la rueda que se atasca como si no volara,
entre una y otra generación, en un abrir de ojos brillantes y un cerrar de ojos opacos
con un imperceptible sonido musgoso.
Centrándose en su eje, a imitación de los niños que rodábamos de dos en dos, con las orejas rojas —símbolos del pudor que saborea su ofensa— rabiosamente tiernos,
la rueda dio unas vueltas en falso como en una edad anterior a la invención de la rueda
en el sentido de las manecillas del reloj y en su contrasentido.
Por un momento reinó la confusión en el tiempo. Y yo mordí, largamente en el cuello a mi prima Isabel,
en un abrir y cerrar del ojo del que todo lo ve, como en una edad anterior al pecado
pues simulábamos luchar en la creencia de que esto hacíamos; creencia rayana en la fe como el juego en la verdad
y los hechos se aventuraban apenas a desmentirnos
con las orejas rojas.

Dejamos de girar por el suelo, mi primo Ángel vencedor de Paulina, mi hermana; yo de Isabel, envueltas ambas
ninfas en un capullo de frazadas que las hacía estornudar —olor a naftalina en la pelusa del fruto—.
Ésas eran nuestras armas victoriosas y las suyas vencidas confundiéndose unas con otras a modo de nidos como celdas, de celdas como abrazos, de abrazos como grillos en los pies y en las manos.
Dejamos de girar con una rara sensación de vergüenza, sin conseguir formularnos otro reproche
que el de haber postulado a un éxito tan fácil.
La rueda daba ya unas vueltas perfectas, como en la época de su aparición en el mito, como en su edad de madera recién carpintereada
con un ruido de canto de gorriones medievales;
el tiempo volaba en la buena dirección. Se lo podía oír avanzar hacia nosotros
mucho más rápido que el reloj del comedor cuyo tic-tac se enardecía por romper tanto silencio.
El tiempo volaba como para arrollarnos con un ruido de aguas espumosas más rápidas en la proximidad de la rueda del molino, con alas de gorriones —símbolos del salvaje orden libre— con todo él por tínico objeto desbordante
y la vida —símbolo de la rueda— se adelantaba a pasar tempestuosamente haciendo girar la rueda a velocidad acelerada, como en una molienda de tiempo, tempestuosa.
Yo solté a mi cautiva y caí de rodillas, como si hubiera envejecido de golpe, presa de dulce, de empalagoso pánico
como si hubiera conocido, más allá del amor en la flor de su edad, la crueldad del corazón en el fruto del amor, la corrupción del fruto y luego… el carozo sangriento, afiebrado y seco.

¿Qué será de los niños que fuimos? Alguien se precipitó a encender la luz, más rápido que el pensamiento de las personas mayores.
Se nos buscaba ya en el interior de la casa, en las inmediaciones del molino: la pieza oscura como el claro de un bosque.
Pero siempre hubo tiempo para ganárselo a los sempiternos cazadores de niños. Cuando ellos entraron al comedor, allí estábamos los ángeles sentados a la mesa
ojeando nuestras revistas ilustradas —los hombres a un extremo, las mujeres al otro—

en un orden perfecto, anterior a la sangre.

En el contrasentido de las manecillas del reloj se desatascó la rueda antes de girar y ni siquiera nosotros pudimos encontrarnos a la vuelta del vértigo, cuando entramos en el tiempo
como en aguas mansas, serenamente veloces;
en ellas nos dispersamos para siempre, al igual que los restos de un mismo naufragio.
Pero una parte de mí no ha girado al compás de la rueda, a favor de la corriente.
Nada es bastante real para un fantasma. Soy en parte ese niño que cae de rodillas
dulcemente abrumado de imposibles presagios
y no he cumplido aún toda mi edad
ni llegaré a cumplirla como él
de una sola vez y para siempre.

MONÓLOGO DEL PADRE CON SU HIJO DE MESES

Nada se pierde con vivir, ensaya;
aquí tienes un cuerpo a tu medida.
Lo hemos hecho en sombra
por amor a las artes de la carne
pero también en serio, pensando en tu visita
como en un nuevo juego gozoso y doloroso;
por amor a la vida, por temor a la muerte
y a la vida, por amor a la muerte
para ti o para nadie.

Eres tu cuerpo, tómalo, haznos ver que te gusta
como a nosotros este doble regalo
que te hemos hecho y que nos hemos hecho.
Cierto, tan sólo un poco
del vergonzante barro original, la angustia
y el placer en un grito de impotencia.
Ni de lejos un pájaro que se abre en la belleza
del huevo, a plena luz, ligero y jubiloso,
sólo un hombre: la fiera
vieja de nacimiento, vencida por las moscas,
babeante y resoplante.

Pero vive y verás
el monstruo que eres con benevolencia
abrir un ojo y otro así de grandes,
encasquetarse el cielo,
mirarlo todo como por adentro,
preguntarle a las cosas por sus nombres
reír con lo que ríe, llorar con lo que llora,
tiranizar a gatos y conejos.

Nada se pierde con vivir, tenemos
todo el tiempo del tiempo por delante

todo el tiempo del tiempo por delante
para ser el vacío que somos en el fondo.
Y la niñez, escucha:
no hay loco más feliz que un niño cuerdo
ni acierta el sabio como un niño loco.
Todo lo que vivimos lo vivimos
ya a los diez años más intensamente;
los deseos entonces
se dormían los unos en los otros.
Venía el sueño a cada instante, el sueño
que restablece en todo el perfecto desorden
a rescatarte de tu cuerpo y tu alma;
allí en ese castillo movedizo
eras el rey, la reina, tus secuaces,
el bufón que se ríe de sí mismo,
los pájaros, las fieras melodiosos.
Para hacer el amor, allí estaba tu madre
y el amor era el beso de otro mundo en la frente,
con que se reanima a los enfermos,
una lectura a media voz, la nostalgia
de nadie y nada que nos da la música.

Pero pasan los años por los años
y he aquí que eres ya un adolescente.
Bajas del monte como Zaratustra
a luchar por el hombre contra el hombre:
grave misión que nadie te encomienda;
en tu familia inspiras desconfianza,
hablas de Dios en un tono sarcástico,
llegas a casa al otro día, muerto.
Se dice que enamoras a una vieja,
te han visto dando saltos en el aire,
prolongas tus estudios con estudios
de los que se resiente tu cabeza.
No hay alegría que te alegre tanto
como caer de golpe en la tristeza
ni dolor que te duela tan a fondo
como el placer de vivir sin objeto.
Grave edad, hay algunos que se matan

porque no pueden soportar la muerte,
quienes se entregan a una causa injusta
en su sed sanguinaria de justicia.
Los que más bajo caen son los grandes,
a los pequeños les perdemos el rumbo.
En el amor se traicionan todos:
el amor es el padre de sus vicios.
Si una mujer se enternece contigo
le exigirás te siga hasta la tumba,
que abandone en el acto a sus parientes,
que instale en otra parte su negocio.

Pero llega el momento fatalmente
en que tu juventud te da la espalda
y por primera vez su rostro inolvidable en tanto huye de ti que la persigues
a salto de ojo, inmóvil, en una silla negra.
Ha llegado el momento de hacer algo
parece que te dice todo el mundo
y tú dices que sí, con la cabeza.
En plena decadencia metafísica
caminas ahora con una libretita de direcciones en la mano,
impecablemente vestido, con la modestia de un hombre joven que se abre
paso en la vida
dispuesto a todo.
El esquema que te hiciste de las cosas hace aire y se hunde en el cielo
dejándolas a todas en su sitio.
De un tiempo a esta parte te mueves entre ellas como un pez en el agua.
Vives de lo que ganas, ganas lo que mereces, mereces lo que vives;
has entrado en vereda con tu cruz a la espalda.
Hay que felicitarte:
eres, por fin, un hombre entre los hombres.

Y así llegas a viejo
como quien vuelve a su país de origen
después de un breve viaje interminable
corto de revivir, largo de relatar
te espera en ti la muerte, tu esqueleto
con los brazos abiertos, pero tú la rechazas
por un instante, quieres

mirarte larga y sucesivamente
en el espejo que se pone opaco.
Apoyado en lejanos transeúntes
vas y vienes de negro, al trote, conversando
contigo mismo a gritos, como un pájaro.
No hay tiempo que perder, eres el último
de tu generación en apagar el sol
y convertirte en polvo.

No hay tiempo que perder en este mundo
embellecido por su fin tan próximo.
Se te ve en todas partes dando vueltas
en torno a cualquier cosa como en éxtasis.
De tus salidas a la calle vuelves
con los bolsillos llenos de tesoros absurdos:
guijarros, florecillas.
Hasta que un día ya no puedes luchar
a muerte con la muerte y te entregas a ella
a un sueño sin salida, más blanco cada vez
sonriendo, sollozando como un niño de pecho.

Nada se pierde con vivir, ensaya:
aquí tienes un cuerpo a tu medida,
lo hemos hecho en la sombra
por amor a las artes de la carne
pero también en serio, pensando en tu visita
para ti o para nadie.

MONÓLOGO DEL VIEJO CON LA MUERTE

Y bien, eso era todo.
Aquí tiene la vida, mírese en ella como en un espejo,
empáñela con su último suspiro.
Éste es Ud. de niño, entre otros niños de su edad;
¿se reconocería a simple vista?
Le han pegado en la cara, llora a lágrima viva,
le han pegado en la cara.

Allí está varios años después, con su abuelo
frente al primer cadáver de su vida.
Llora al viejo, parece que lo llora
pero es más bien el miedo a lo desconocido.
El vuelo de una mosca lo distrae.

Y aquí vienen sus vicios, las pequeñas alegrías de un cuerpo reducido a su mínima expresión,
quince años de carne miserable;
y las virtudes, ciertamente, que luchan
con gestos más vacíos que ellas mismas.
Un gran amor, la perla de su barrio
le roba el corazón alegremente
para jugar con él a la pelota.
El seminario, entonces,
le han pegado en la cara. Ud. pone la otra;
pero Dios dura poco, los tiempos han cambiado
y helo aquí cometiendo una herejía.
Véase en ese trance, eso era todo:
asesinar a un muerto que le grita: no existo.
Existen Marx y el diablo.

Recuerde, ése es Ud. a los treinta años;
no ha podido casarse
con su mujer, con la mujer de otro

con su mujer, con la mujer de otro.
Vive en un subterráneo, en una cripta
de lo que se le ofrece, sin oficio,
esqueléticamente, como un santo.
Del otro mundo viene ciertas noches
a visitarlo el padre de su padre:
—Vuelve sobre tus pasos, hijo mío, renuncia
al paraíso rojo que te chupa la sangre.
Total, si el mundo cambia a cañonazos,
antes que nada morirán los muertos.
Piensa en ti mismo, instala tu pequeño negocio.
Todo empieza por casa.

Mírese bien, es Ud. ese hombre
que remienda su única camisa
llorando secamente en la penumbra.
Viene de la estación, se ha ido alguien,
pero no era el amor, sólo una enferma
de cierta edad, sin hijos, decidida a olvidarlo
en el momento mismo de ponerse en marcha.
Ud. se pone en su lugar. No sufre.
¿Eso era el amor? Y bien, sí, era eso.
Tranquilo. Una mujer de cierta edad. Tranquilo.
Mírela bien, ¿quién era? Ya no la reconoce,
es ella, la que odia sus calcetines rotos,
la que le exige y le rechaza un hijo,
la que finge dormir cuando Ud. llega a casa,
la que le espanta el sueño para pedirle cuentas,
la que se ríe de sus libros viejos,
la que le sirve un plato vacío, con sarcasmo,
la que amenaza con entrar de monja,
la que se eclipsa al fin entre la muchedumbre.

Y bien, eso era todo. Véase Ud. de viejo
entre otros viejos de su edad, sentado
profundamente en una plaza pública.
Agita Ud. los pies, le tiembla un ojo,
lo evitan las palomas que comen a sus pies
el pan que Ud. les da para atraérselas.

Nadie lo reconoce, ni Ud. mismo
se reconoce cuando ve su sombra.
Lo hace llorar la música que nada le recuerda.
Vive de sus olvidos
en el abismo de una vieja casa.
¿Por qué pues no morir tranquilamente?
¿A qué viene todo esto?
Basta, cierre los ojos;
no se agite, tranquilo, basta, basta.
Basta, basta, tranquilo, aquí tiene la muerte.

ELEGÍA A GABRIELA MISTRAL

Dirán que se ha dormido para siempre, dirán
que un ala color fuego y otra color ceniza
el ángel de su voz baja por ella
lleno de un Cristo único: impaciente en la espera;
que esperezándose de su vida profunda
nunca bien conciliada como sueño de exilio
con ojos que sus ojos de polvo le cegaron
todo lo ve en su Dios que lo ve todo.
Y cae allí donde estuvo su pecho
desenredado el nudo que la hizo cantar;
silencio ahora guarda, feliz, como de niño.
Dirán que está en la Gloria.

Dirán que está en la Gloria y que se encuentra en ella
una a una sus pérdidas como en un arenal
donde acampara el reino del que fue reina.
Su madre se le ofrece nuevamente en la jarra
en que le bebe el rostro con el suyo mil años.
Se yergue y he ahí los niños que no tuvo;
su amor luce en el cielo carne y hueso divinos.
Jóvenes de otra edad, fantasmas vivos
callan para que hable y es en Elqui, su valle
a un paso de países que le dan alegría.
Dirán que es suyo el seno de los suyos.
«Son palabras, palabras» creo oírle a la tierra
que, como siempre tiene la razón, coge y muele
su presa en un silencio que desvela a las víboras.

Palabras, sí. Pero algo suena en ellas
como en un verso mío un verso suyo
de vivo y cierto y creo y se abre el cielo
bajo la sombra que le da mi mano.

No hay secreto ninguno en el azul
que no sea el azul de su secreto
y si otro mundo existe el sol lo abrazaría.
Enero corre incrédulo, apegado a sus días
hombre y buey a la vez, perro salvaje…

Y un absurdo solemne se prepara:
una misa solemne.
No me muevo de aquí, no bajo a la ciudad,
viene en su lugar otra que era apenas su sierva.
La tierra apoderada del cuerpo de Gabriela
bailará al paso lento del cortejo en las calles
y el Cristo mendicante que amó como mendiga
será sólo una cruz de una pieza, dorada
esplendorosa y fría como treinta monedas.
Niñas de blanco, en blanco, demasiado inocentes
bostezarán el sol hasta que entre en escena
seguido del ejército su primo, el gran soldado.

No me muevo de aquí donde está ella,
en su libro, en su voz que le leemos
toda una noche de cerrada vigilia.
Agua que se bebió vuelve a embriagarnos
de una sed, maravilla de las aguas.
Compañía nos hace el pan, su hermano
y la sal que aprendieron, poco a poco, sus sienes.
Envejecemos con sus criaturas
en el desierto que las guarda vivas
para un día feliz no venidero;
y muere, ante nosotros, la extranjera
en una soledad que nos ahoga.

Cabe en un redondel de luz la América
que un corazón contuvo en un gesto de amor.
La vida innominada no vive en nuestra vida
y cuando es justa como lo es su palabra
parece que las cosas sólo existen
para corroborarla desde lejos.
Al sol del Trópico lo alumbra Gabriela

la que levanta a signos toda una cordillera;
y el maíz tiene ojos que ella mira y la miran
innumerablemente como a madre giganta
como el verde amarillo de agradecimiento.
Mil años esperaron que naciera, sus hijos.

Y no ha nacido el día de los días para ella
cuerpo sólo es ahora que se encarna en la tierra,
ola que pierde espumas de su nombre
en la fosa común del mar del fondo.
Por mi parte yo nada le deseo,
busco su dicha allí donde encontró su dicha;
el canto, cuando es bello, cura el dolor que mienta
y le sobra belleza para el dolor más ancho.
Creo verla poner a su desgracia
el rostro grave y dulce que espejea en su verbo.
Escuchémosla hablar, roto el silencio
no atinaremos a llamarla ausente.

INVERNADERO

¿Qué será de nosotros, ahora? ¿Nos sorprendió esa noche, para siempre en el bosque
infundiéndonos el sueño de la herrumbre del pozo o reencontramos en la tarde el buen camino familiar
y se nos hizo un poco tarde en el jardín un poco noche junto al invernadero
las narices, las manos empavonadas de bosque, las manos maculadas de herrumbre del brocal, el escozor en las orejas flagrantes, el cuerpo del delito pegado a las orejas:
la picadura, el rastro de un insecto benigno?
¿O nos perdimos, realmente, en el bosque? Esto podría ser como el claro del sueño:
nuestra presencia en la que no se repara si no como se admite el recuerdo agridulce de los niños
bien entrada la noche, cuando en una penosa reunión familiar todo el mundo se ha esforzado en vano
por retenerlo arriba, en la clausurada pieza de juegos. Porque algo nos diría sin duda
este jardín que habla si estuviéramos despiertos; pero entre él y nosotros (nos hemos entregado
a nuestra edad real como a una falsa evidencia)
se levantan los años empavonados del aire que entra al invernadero lleno de vidrios rotos
vidriándonos la noche de un bosque inexpugnable.

Y allí afuera no hay nadie, todo el mundo lo diría si lo preguntáramos en voz alta; y si se nos escuchase preguntarlo; o si se consintiera
en recoger esta absurda pregunta. Nadie, salvo el reflejo difuso de todos los rostros
en los vidrios intactos empavonados de nadie.
Las hojas nada dicen que no esté claro en las hojas. Nada dice la memoria
que no sea recuerdo; sólo la fiebre habla de lo que en ella habla
con una voz distinta, cada vez. Sólo la fiebre

es diferente al ser de lo que dice.
Y allí afuera no hay nadie

Pero, ¿qué será de nosotros ahora?

NAVIDAD

¿Tendremos el valor de reunirnos esta noche
padres y hermanos, la novia que no tiene a dónde ir, el vecino cordial?
Y el buen amigo de la infancia —qué sería de ella sin él— ¿encontrará esta noche
el buen camino entre su corazón y el nuestro?

El cardo ha destronado a los niños que fuimos y fantasmas perdidos en el reino del cardo
buscamos una calle en el desierto, la calle de la infancia,
el buen camino entre el polvo y nosotros,
nuestras lágrimas en los charcos de agua pantanosa.

EL BOSQUE EN EL JARDÍN

¿Qué será de nosotros. Volvimos, entonces, sobre nuestros pasos o de esa rápida escena familiar
los atolondrados actores fuimos falsos testigos y, mientras se nos obligaba a prometer
que desistiríamos de repetir la aventura, ella que todo lo había tomado de nosotros
ligándonos a su destino nos abandonaba a la miseria del nuestro?

Nuestros padres nos reservaron un despertar olvidadizo. El pozo fue cegado
y en el camino de la selva se levantaba una tapia; en un jardín como otros, nada que recordara
la migración de los pequeños salvajes.

Y se nos cuenta acaso entre el número de los ausentes
que es forzoso admitir en toda reunión, una especie de fantasmas
pero de esos que nadie invocaría, pues siempre están allí, en su lugar
esperando el momento de aparecer en escena, sólo por un momento que nadie les disputa
y que nadie quisiera disputarles.

FIN DE SEMANA

«Volveremos a la vida», nos prometieron las flores
por boca de su hermana mayor. Me parece estar viéndola. De pie frente a la mesa ofreciéndonos el canastillo
donde las frutas confirmaban a las flores. «Sí. Sí. Como nosotras».
Está claro que el sol entra también por los oídos; sucede cuando uno cree escuchar visiones,
porque, de veras, las flores dijeron por su boca, en un momento de ansiedad: «Volveremos a la vida».
O bien: «¿Vendrán Uds. el año que viene?» Y algo así como; «Entonces, los conejos…»

La tentación es el primer recurso de la mujer y el último.
En esa aldea tan próxima al cielo lo natural era que la serpiente jugara un pequeño papel
como antes de entrar al paraíso, cuando éste era un pueblo entre otros, el tosco letrero de madera borrado por el polvo de la gran ruta.

Sí, se asiste al nacimiento del mundo en las aldeas que visitamos sólo una vez
cuyo camino extraviaríamos si se nos ocurriera rehacerlo.
El agua se distingue apenas de la luz, la tierra abraza en los rincones, la tierra color fuego que, de repente, fluye,
los elementos no responden sino al eco de su nombre.

EPISODIO

No me resolví nunca a abandonar la casa en el momento oportuno.
Del otro lado del cerco se me hicieron las señales convenidas.
La trepidación de un viejo automóvil, el graznido de las gaviotas
y se abstuvieron ya de razonar y de advertir
hundiéndose en el polvo victorioso, con la cabeza pesada.

GALLO

Este gallo que viene de tan lejos en su canto,
iluminado por el primero de los rayos del sol;
este rey que se plasma en mi ventana con su corona viva, odiosamente,
no pregunta ni responde, grita en la Sala del Banquete
como si no existieran sus invitados, las gárgolas
y estuviera más solo que su grito.

Grita de piedra, de antigüedad, de nada,
lucha contra mi sueño pero ignora que lucha;
sus esposas no cuentan para él ni el maíz que en la tarde lo hará besar el
polvo.
Se limita a aullar como un hereje en la hoguera de sus plumas.
Y es el cuerno gigante
que sopla la negrura al caer al infierno.

BARRO

I
Barro, rencor inagotable. Toda otra fuente termina por ceder
a la presión de esta materia original.
Los días del agua están contados, pero no así los días del barro
que sustituye al agua cuando ciegan el pozo.
No así los días del barro que nos remontan al séptimo día.
De niños jugábamos con él, nada tiene de extraño que juegue con nosotros,
los creados a imagen y semejanza suya.

II
Dios padre, Dios hijo, Dios espíritu santo:
tierra y agua; luego el barro que en el principio era.
Un solo sentimiento en el origen de todos:
este rencor inagotable.

III
Tarde o temprano volveremos a ser razonables.
Está en el orden de las cosas, nada se sabe de ellas mientras no las tomamos con relativa calma,
como si nada hubiera sucedido.

IV
No hay más extraño que uno. Es la apariencia de otro quien terminó por frecuentarnos,
por aceptar finalmente una invitación reiterada.
Me pareció ver a mi sombra cuando le abrí la puerta, justo en el momento en que íbamos a salir.
La función había comenzado. «Adelante. Adelante».
«Te estábamos esperando», dije yo y ella dijo: «No reconozco a los ingratos»
con un curioso temblor en la voz.

RECUERDOS DE MATRIMONIO

Buscábamos un subsuelo donde vivir,
cualquier lugar que no fuera una casa de huéspedes. El paraíso perdido
tomaba ahora su verdadero aspecto: unos de esos pequeños departamentos
que se arriendan por un precio todavía razonable
pero a las seis de la mañana. «Ayer, no más, lo tomó un matrimonio joven».
Mientras íbamos y veníamos en la oscuridad en direcciones capciosas.
El hombre es un lobo para el hombre y el lobo una dueña de casa de pensión
con los dientes cariados, húmeda en las axilas, dudosamente viuda.
Y allí donde el periódico nos invitaba a vivir se alzaba un abismo de tres
pisos:
un nuevo foco de corrupción conyugal.

Mientras íbamos y veníamos en la oscuridad, más distantes el uno del otro a
cada paso
ellos ya estaban allí, estableciendo su nido sobre una base sólida,
ganándose la simpatía del conserje, tan hosco con los extraños
como ansioso de inspirarles gratitud filial.
«No se les habrá escapado nada. Seguramente el nuevo ascensorista recibió
una propina».
«La pareja ideal». A la hora justa. En el momento oportuno.

De ellos, los invisibles, sólo alcanzábamos a sentir su futura presencia en un
cuarto vacío:
nuestras sombras tomadas de la mano entre los primeros brotes del sol en el
parquet,
un remanso de blanca luz nupcial.

«Pueden verlo, si quieren
pero han llegado tarde».
Se nos hacía tarde.
Se hacía tarde en todo.
Para siempre.

DESTIEMPO

Nuestro entusiasmo alentaba a estos días que corren
entre la multitud de la igualdad de los días.
Nuestra debilidad cifraba en ellos
nuestra última esperanza.
Pensábamos y el tiempo que no tendría precio
se nos iba pasando pobremente
y éstos son, pues, los años venideros.

Todo lo íbamos a resolver ahora.
Teníamos la vida por delante.
Lo mejor era no precipitarse.

ZOOLÓGICO

Las palabras que callo cambiarán de sentido:
yo no puedo decir tina cosa por otra, la poesía no se hace en los labios
sólo puedo llamarte por tu nombre, lo siento. Aunque del lado tuyo esté la tierra
y te parezcas como nunca al amor, bajo la astucia de sus manos
que encaminan los pasos de cada una de sus hijas.

Sí, todas las mujeres se te parecen, ahora que no te pareces a ninguna
bajo este sol que vuelve a mirarnos de frente como en los buenos días.
Al alcance de la aridez de la memoria, allí ensaya el olvido un canto como de aguas,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por aprender a oír.
Y se está bien caminando a tu lado en cualquier dirección, del lado de la tierra,
en dirección al zoológico donde el mono espera en su cátedra
para enseñar al hombre la gracia original, la impudicia, la alegría, la ternura originales,
el desdén por la miseria en que lo educa su locura.

Bello desierto de la inteligencia poblado estrechamente por el capricho del instinto
que gusta de encarnarse en variados disfraces.
Esta isla absorbida por su único ídolo viviente es un camello.
Nadie más monstruoso que este náufrago de la carne en la carne; pero él ignora otro culto que el propio
y no se reconoce en los demás ni en sí mismo.
También del lado suyo está la tierra que no hace distinción entre ninguno de sus siervos.
El horrible bufón cuenta con la piedad de la reina, su madre;
ella trabaja para él en la doble gruta hermética:
le adereza la cena frugal, cuida de que el desierto no le provoque en sueños
al despertar, la náusea del exilio,

y la bestia es un cauce por el que, en un tumulto de frescura, el olvido celebra su triunfo a toda orquesta,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por entonar.

Y se está bien caminando a tu lado en cualquier dirección, del lado de la tierra.
Frente a la jaula de las aves acuáticas, la poesía vuelve a hacerse en los labios.
Es una exclamación, por un instante, como cuando fue dicha la primera palabra;
las hadas no vivieron en un palacio semejante, porque en la fantasía ¿pudieron ser tan bellas
como lo son de hecho estos dibujos lineados en la altura, por el ocio del cielo?
Y es de nuevo el amor el tema de esta danza. Ni un drama alegre ni una triste comedia,
una acción que no vuelve sobre sí misma, deteniéndose, para dar lugar a un problema de conciencia.
La ceguera del acto puro, diré en términos que quisieran retener el resplandor de estos tres pares de alas
más blancas que la nieve de otro mundo;
el amor en su ceguera de acto puro, sin asomo de corazón ni de cabeza.

En esta lucha la perdedora es la vida, la triunfadora es la vida
y, cuando la balanza emplumada se incline por uno de los finos guerreros
ya el otro estará pronto a incorporarse —armonía del triángulo— par del esposo en privilegios.
Sus hermanos lo olvidan ahora, ellos giran del lado de la tierra
como un solo diseño de elegancia febril en el que todo trazo se define por otro.
Los largos cuellos se evitan en lo alto, alternativamente ascienden y descienden
para que no venga a turbar la ceremonia ni el más ligero juego de miradas con el calor que humaniza a las máscaras.
Ojos como de peces bastan al sacerdote cuyo templo es el huevo, para quien la pasión es sólo el desarrollo de su templo en la tierra;
y la sacerdotisa del amor por la especie pudo nacer en medio de los hielos donde se ignora la ternura.
Con todo, ésta es la primavera al desnudo. El engaño nos mueve a abandonar un espectáculo del que fuera expulsado

y henos aquí, otra vez, cristianamente, en la exclusión de las aves del cielo.
En un sábado inglés, por la tarde.

Los rostros son trampas en que caen los rostros y el corazón tiene la palabra:
«Olvida —dice— olvida, olvida. Que los muertos entierren a sus muertos.
¿De dónde viene esta floración, este verdor, sino de tu necesidad de revivir?
Ni siquiera recuerdas a nadie. Todos los fantasmas son iguales. ¿Dónde se dice herido quien no siente dolor?
¿Qué es la historia de un hombre comparada con la historia del hombre?
Eres el hombre, ahora, el individuo, un ciudadano, un joven sin problemas que pasea con una muchacha hasta altas horas de la tarde.
¿Qué es tu pequeña historia comparada con tu historia?
Aquí tienes la vida bajo su única forma: el momento que vives, el día de mañana.
En todo lo demás te engaña la memoria, sólo la tierra recuerda a lo vivo.
Las nuevas hojas de este árbol recuerdan a las antiguas hojas, no obstante mira cómo».

Y se está bien caminando a tu lado, del lado de la tierra que hace hablar por ella al corazón, sin descanso
en un viejo lenguaje enjoyado de lugares comunes.
Una inocente canción sin asunto que yo también podría aprender fácilmente.
Pero el amor no se hace en los labios, la poesía no vuelve con las hojas.
Ella florece en el destierro, nunca en la misma estación, de año en años
y yo soy la serpiente, casi invisible en su celda de vidrio, en el rincón más sombrío del parque,
ajena a la curiosidad que apenas despierta, ajena a los intereses de la tierra, su madrastra;
yo soy ese insensible amante de sí mismo que duerme con astucia, mientras todo despierta.

JONÁS

Todo lo podría condenar igualmente, no se me pregunte en nombre de qué.
En nombre de Isaías, el profeta, pero con el grotesco gesto inconcluso de su colega Jonás
que nunca llegó a cumplir su pequeña comisión sujeto a los altos y bajos
del bien y del mal, a las variables circunstancias históricas
que lo hundieron en la incertidumbre de un vientre de ballena.
Como Jonás, el bufón del cielo, siempre obstinado en cumplir su pequeña comisión, el porta-documentos incendiario bajo la axila sudorosa, el paraguas raído a modo de pararrayos.
Y la incertidumbre de Jehová sobre él, indeciso entre el perdón y la cólera, tomándolo y arrojándolo, a ese viejo instrumento de utilidad dudosa
caído, por fin, en definitivo desuso.

Yo también terminaré mis días bajo un árbol
pero como esos viejos vagabundos ebrios que abominan de todo por igual, no me pregunten
nada, yo sólo sé que seremos destruidos.
Veo a ciegas la mano del señor cuyo nombre no recuerdo,
los frágiles dedos torpemente crispados. Otra cosa, de nuevo, que nada tiene que ver. Recuerdo algo así como…
no, no era más que eso. Una ocurrencia, lo mismo da. Ya no sé a dónde voy otra vez.
Asísteme señor en tu abandono.

LOS AMIGOS DE LA CASA

No hemos nacido para el canto sino para el acopio
de las palabras en el rechinar de los dientes.
La música fue toda bondad. No hemos nacido
sino para la sedicente murmuración, silenciosos
del ruido en que envolvemos nuestras voces
al caer de la tarde como a un poso sin fondo
—toda ciega bondad— en el patio
constelado de viejos enfermos apacibles.

Nuestra es la fiebre que declina y no amaina, impenetrable
al sol de la locura, el calentarse de los huesos
en la ceguera del patio lluvioso.
Se encerró a los dementes sobre nuestras cabezas que recalienta y pudre
la imagen latente del sol y por sí solas se nos abrieron las verjas transfundidos
el hierro y la herrumbre, llegado que fue el tiempo
en que ni aun la tierra permanece. Sólo el vaho
y la siembra del musgo en los jardines eriáceos.

No hemos nacido para el amor, hemos nacido para el coito que embadurna la
sangre
de la maceración de su semilla, para el débil soplar sobre el rescoldo
como si el aliento fuera ceniza y la carne el erial en que se recalienta,
al calor de las piedras, un guiso sangriento.
La última cena de la tribu cuando todo es arena
—la noche misma— en la extensión de la noche
y el viento seca un paraíso disperso:
el alforfón y la escanda silvestre.
Imposible distinguir entre el sudor y las lágrimas
que se disputan dos bocas resecas.

Y viejos vecinos de pieza de la muerte seguiremos plegándonos
a los caprichos de la dueña de casa, persistentes y dóciles
al igual que la impronta de la humedad en los muros, como la pasiva

al igual que la impronta de la humedad en los muros, como la pasiva
infiltración de las larvas
en los zócalos pringados de lavazas.
La confianza sabrá dispensarnos
a los amigos de la casa de los dolores del pánico.

MAYOR

El hijo único sería el mayor de sus hermanos
y en su orfandad algo tiene de eso
que se entiende por la palabra mayor. Como si también ellos hubieran muerto
sus imposibles hermanos menores.
Mucho más riguroso que el luto repartido
es el suyo: la muerte lo cortó a su medida,
lo cosió, lenta, con extrema finura
mientras el padre se iba transfundiendo en el hijo,
lo envejecía a fuerza de crearlo a su imagen
—niño otra vez el hombre, hombre otra vez el niño—
en noches tan oscuras como el luto que llevan.

Y el hijo tiene algo de un hermano mayor
como si lo rodeáramos, nonatos, mientras él nace por segunda vez
a una vida más grave que la nuestra.
Alguien se mira en él con los ojos cerrados,
gravita su silencio
sobre nuestras palabras sin objeto.

CEMENTERIO DE PUNTA ARENAS

Ni aun la muerte pudo igualar a estos hombres
que dan su nombre en lápidas distintas
o lo gritan al viento del sol que se los borra:
otro poco de polvo para una nueva ráfaga.
Reina aquí, junto al mar que iguala al mármol,
entre esta doble fila de obsequiosos cipreses
la paz, pero una paz que lucha por trizarse,
romper en mil pedazos los pergaminos fúnebres
para asomar la cara de una antigua soberbia
y reírse del polvo.

Por construirse estaba esta ciudad cuando alzaron
sus hijos primogénitos otra ciudad desierta
y uno a uno ocuparon, a fondo, su lugar
como si aún pudieran disputárselo.
Cada uno en lo suyo para siempre, esperando,
tendidos los manteles, a sus hijos y nietos.

CALETA

En esta aldea blanca de oscuros pescadores
el amor vive a dos pasos del odio
y la ternura, muerta, se refugia en el sueño
que agranda la mirada del loco del villorrio.

Amanecer: el mar se duerme bajo el sol
como un gigante ebrio después de una batalla;
alguien perdió la vida, anoche, entre sus manos
enguantadas de blanco, más crueles que la nieve.
Pero los compañeros del caído volvieron
en sus valvas ahitas de sangrienta semilla
y extienden en la arena sus trofeos agónicos.

Mediodía: a la mesa se sientan los tatuados
y sus mujeres les guardan las espaldas
atentas al peligro de sus gestos que ordenan
otro vaso de vino
más loco cada vez.
Luego, la guerra a vida entre los sexos
y los gañanes bajan a la playa
como a una amante más que escarnecieran
a remar en un sueño furioso de borrachos.

Varadero del sol herido a cielo
en la línea de fuego de las olas.
Es hora de ir al mar a capturar sus pájaros
si una riña de hombres, de perros o de gallos
no retiene en la orilla la jauría de barcas.

La noche trae un poco de alma a la caleta:
un poco de agua dulce que en los ojos del loco
se enturbia en el olvido de sí misma.
Alguien que no he podido olvidar se me agranda

Alguien que no he podido olvidar se me agranda
como la ola a un mar preso de luna
y golpea mi cara por dentro hasta cegarme.

LA INVASIÓN

En la antiséptica Sala del Consejo se entronizó una cabeza emplumada
y, como si nada hubiera ocurrido en mil años, volvió a reinar allí un silencio estruendoso
que el fuego iba a romper con su única palabra
sobre la piedra de los sacrificios.
Los eternos muchachos de siempre adoptaron la postura ritual,
desnudos hasta la cintura con los pies sobre la mesa, masticando tabaco
sus tatuajes hablaban por ellos, esos tesoros de la infancia
eran el mismo número de una revista ilustrada
y al final de la historia allí estaban reunidos
esperando el resultado de la elección de su víctima.

Se hizo la señal de la cruz de la espada.
Se desenjauló al águila heráldica en la puerta del servicio, aconsejándole que hiciera una carnicería con calma
sin perder una pluma delatora. Se tomaron otras medidas absurdas.
Se trajo el lavamanos a la mesa del joven emperador para unas manos ensangrentadas de tinta.
Se acusó recibo de sus cartas asesinas, en un inglés tropical terriblemente obsequioso.
Afuera se marcaba el mal paso en sordina. Se esperó todavía unas horas en el patio
por si allí arriba se olvidaban de algo.
Y los mercenarios entonaron el himno
de la jauría en dirección a la isla.

RAQUEL[1]

Tú que no has abandonado la arraigada costumbre
de tu belleza ni el hábito de hablarnos al oído
como si todo fuera materia de secreto —recordaba tu voz,
«hermana del silencio»— o como si algo o alguien más o menos temible
pudiera despertar entre nosotros.
Que cuidas, como entonces, de tus manos que tactan
la oscuridad latente, sin forma, de las cosas,
asombradas y sabias, volviendo a su indolencia
por un poco de vaga certidumbre.
Que seguirás soñando, despierta, que despiertas
como si nada hubiera sucedido
demasiado real: *Aquí estoy otra vez*
en lo mismo de siempre.
En la ciudad de tus sueños bilingües —Londres 1941— que ellos
reconstruyeron para ti, a imagen de tu alma frágil y olvidadiza.
El bombardeo empezó con un baile: neurosis colectiva en la intimidad de los
espacios vacíos, en una boite de lujo atestada de sonámbulos
entre esos viejos amigos ocasionales —el amor sangrando por la nariz, con
los dientes trizados y verdaderamente ciego—
la confusión de los rostros bajo un mismo resplandor, el burbujeo de los
rostros como pompas de fuego,
una olla de grillos en una olla de grillos y una advertencia de ceniza en el aire,
los primeros auxilios a los primeros muertos, los últimos auxilios sin orden ni
concierto,
el eclipse de los espejos de luna, victorianos, la oscilación de las lámparas de
lágrimas —histeria colectiva en el corazón de la nobleza— a punto de
estallar en sí mismas.

Algo bastante peor que la Guerra de las
Rosas. —*¿Y si el Buckingham House*

fuera el Arca de Noé?— Los cisnes aprendieron a volar. Olvidémoslos.

—Nadie sabe de nada ni de nadie. — Hyde Park, ¿serías la Torre de Babel? —Éste es el fin del mundo de habla inglesa.

—Esto es el fin del mundo. ¿Hay una isla en el cielo? ¿Defraudaremos allí a nuestras colonias?

En la ciudad que tú habrás mantenido en el orden del corazón como en un cofrecillo bajo llave. Una llave extraviada, a conciencia, en un momento de crisis;

cartas que se releen de memoria, pero sólo de memoria, siempre un poco distintas a sí mismas, cada vez más urgentes, oscuras y precisas.

Fotografías a prueba del paso de los años, alcanzándolos y reteniéndolos, como si respiraran,

postales que habrías recibido o no y el telegrama, con seguridad:

—Aquí estoy, otra vez, en lo mismo de siempre.

Junto a tu pobre amiga. Una belleza clásica:

—No volverás a intentarlo, ¿verdad? Nadie te dice que pienses en tu familia. Piensa.

—Haz como yo, que no pienso en nada; es la mejor manera de pensar. Concéntrate en eso.

—Hablemos una y otra vez de otra cosa. Tú que conocías a George, figúrate.

—Lo ascendieron en su base antiaérea. El mayor Catherwood, miembro de la nobleza.

—Pero aún da señales de vida, después de todo lo que a mi me pasó entre nosotros.

—Tan absurdo como la guerra mundial. Nunca podré entender a los ingleses,

con esa incapacidad de renunciar como si nada afectara a su orgullo ni las peores cosas. Aunque hice una locura.

—Y te arrepentirás de no haberlo
aceptado. Porque lo amabas
digas lo que digas.
—Y esto es lo peor de todo.
Únicamente esto.

Tú que tendrás que arrepentirte me niego rotundamente a decir de tus actos
pero sí de haberte deslizado, con el corazón en la boca por todo aliento
buscando otra salida en otra dirección en el momento mismo en que se abría
esa puerta
como vuelve a su sitio la cubierta de un foso —qué temblor en las manos
inválidas—,
a la realeza de una abatida tarde otoñal y, como en un cuadro de Bacon,
el mayor en el uso de una doble licencia:
militar y poética era la tarde misma, tu último día en Inglaterra, la emanación
del fondo de su figura atrapada
en todo eso que mirabas rehusándote a verlo, por última vez:
oleaje inmóvil del cielo allanándose a la invasión de la noche nazi,
casas petrificadas oteando al horizonte por las ventanas vacías.

—Dígale al señor que no estoy en casa. Espere, dígale que no estoy aquí de ninguna manera ni en los alrededores de Londres.
—Me refiero a mi viaje por favor, usted sabe. Invente este pretexto, él está en antecedentes.

Los recuerdos que no pudimos tener. No hay nada más difícil de olvidar. Las
intenciones que no llegaron al acto, los actos suspendidos en la sorpresa y
la violencia.
Todo esto nos lastra para siempre, tú sabes, aunque nos sea dada una buena
solución

para empezarlo todo por el principio. Los viejos problemas subsisten
en otra forma en los nuevos, para siempre insolubles por mal planteados que fueran
o precisamente por eso y a los ojos sangrientos del sueño
nuestras transformaciones nos disfrazan como si no pudiéramos cambiar.

Aunque hayas encontrado una buena salida, aunque no necesites ahora de ninguna
lejos del laberinto, en la tierra de todos, junto a sus desposeídos propietarios, aunque marches con ellos
cada uno en el orden de su pequeña comisión, tribu dispersa en apariencia pero solidaria a lo redondo del mundo,
recibirás, a veces, la visita de tu sombra, esa persona extraña
en la que uno debe reconocerse cuando se mira al espejo
como si de ella brotara nuestra curiosidad, distraídamente, mientras no la advertimos.
—El paso de los años— se suspira. Pero está también Dorian Gray.
Y te emplazarán a revivir a tus muertos. ¡Si sólo se tratara de recordarlos!
A esa pobre muchacha, para empezar, tan a lo vivo que serás tú la ausente
como en el día de su resolución.

—No se culpe a nadie, en particular
de mi muerte.
—Todo es igualmente culpable y
sobre todo yo que no puedo
soportarlo.

—Cuando empezó a hacerle efecto el veneno se arrojó por la ventana de puro miedo.

—Felizmente vivía en un octavo piso.

—Ah Grace, cómo podemos bromear

«Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio».[2]

—¿Y qué me dices del golpe de un
cuerpo en el asfalto? New York
era una ciudad imposible

celebrando a sus estúpidos hijos
condecorados, después de
Hiroshima y Nagasaki.

—Ninguno de ellos bueno para una
mujer en particular como en un
inmenso colegio mixto
en que a una le revuelven el
pelo y le pisan los pies.
Fuera de unos cuantos
salvajes auténticos
los navajos, los siouk de la literatura
engolfados en otros idiomas.
Lenguas muertas.
—Divisé a Nicanor Parra en
Harvard. Estaba afónico. Es todo
lo que pude saber de tu país.
Pero no te lo reprocho; ni yo misma
me habría contestado mis cartas
escritas para ocultarme mi
verdadera situación. Hasta que
sobrevino la calma
y el engaño cubrió a la tempestad.
Días amables, te diré, lo fueran o
no en realidad, qué me importaba
eso.
Lo importante era creer que se creía
en algo. Nada del otro mundo
cuando no se está en éste.
Así me reconcilié por una temporada
con el mundo, sin ofrecerle,
ahora ninguna garantía.
Un pacto de buena voluntad corporal
entre almas solitarias:
Una solución de emergencia para un
problema insoluble. Inútilmente
perfecta
hasta en la aceptación de su
inutilidad; nos despedimos como

buenos amigos
que no esperan encontrarse de nuevo
deseándolo. Comprenderás: una
persona mayor
de esas que se retiran, en cualquier
caso, a tiempo.
Y la tempestad fue el único anuncio
de sí misma.

Desdoblamiento de tu voz en el murmurio
de los ausentes que proliferan en ti.
La noche te cuenta entre ellos: memoria fiel, hermana de los sueños
que nos devuelven el uso de la razón de la locura bajo nuestra propia mirada
perdida para nosotros, sus objetivos ciegos.

Tú que tienes el hábito de lo irreal en la sangre, el sueño demasiado fácil
para no fatigarte en tus cinco sentidos, que te sorprenderás
más de una vez olvidada de tu cita esencial, nuevamente abstraída en ti
misma, en el lampo
de un cielorraso cuajado de ideas luminosas:
fuga de las imágenes que el corazón hizo suyas, adormilado en ellas,
transfundiéndose
en la ardentía de esos sedimentos:
excrecencias vivientes emplumando una isla cuya proximidad
sientes cuando recae tu rostro entre las manos; que pretextarás una
indisposición pasajera
para volver sobre tus pasos perdidos, apremiada por llegar, sin saber a dónde
ir
en el soleado autobús polvoriento a un destino de hoteles, piezas con vista a la
igualdad del mar
donde leer a Proust en la igualdad del tiempo: «Todo tiempo es presente».[3]
Y el sol para los falsos veraneantes. Un sol «delgado, enfermo y sin familia»,
[4]
Podrás apagar los cigarrillos en el suelo, dibujar con los dedos mojados de
ceniza
rostros de mármol falso, exhumar a tus muertos.
Que no has cambiado nada —te dijeron— y te pareció razonable. Halagador
primero, es decir, razonable
y luego una ducha de agua fría: años aparte se trataba de ti.

Tú que no sabes si en el fondo has cambiado como no se sabe en sueños quién
de los otros es uno
—los ojos viven en la ignorancia de sí mismos y los espejos doblan esta
ceguera penetrante—
que terminarás por alzarte de hombros frente a tu propia imagen, abatida
has vuelto en ti como una sombra a su sitio bajo la luz cenital, después de
todo, recuperando
la multiplicidad de los sentidos y el sentido de lo real.
La misma de siempre, pero de otra manera, con naturalidad
y tranquilo dominio de tu sombra, visible
desde todos los ángulos como bella columna
que nos abre los brazos.

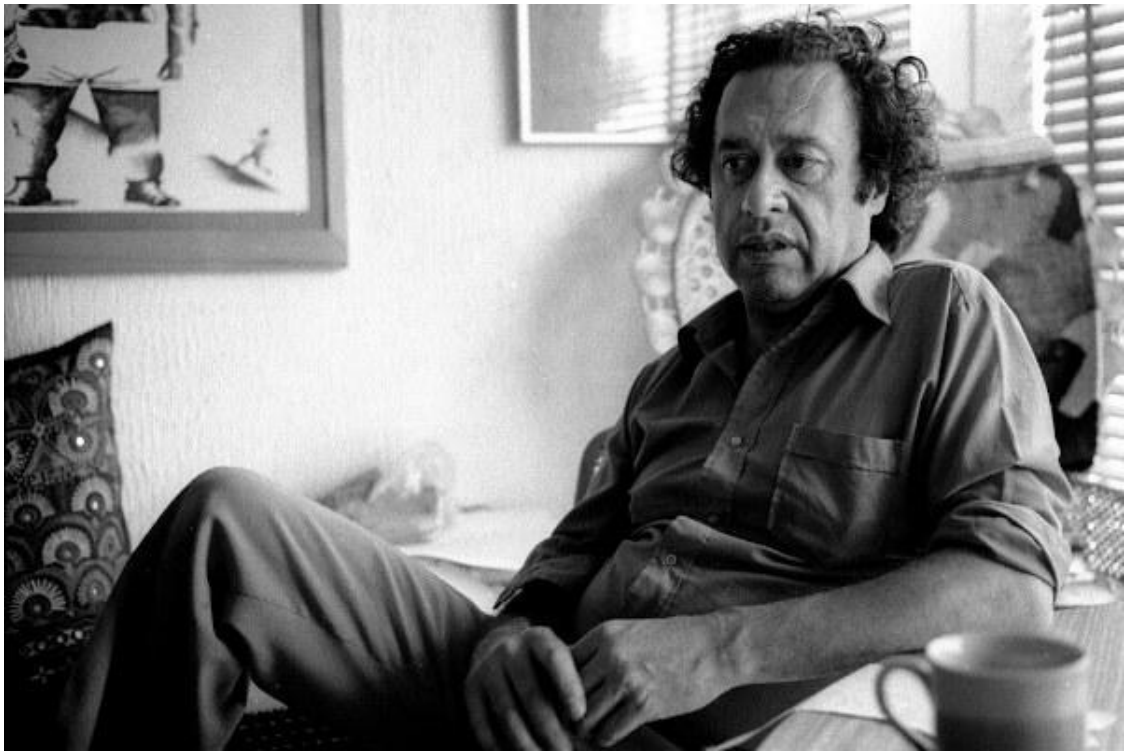
ELEGÍA A CARLOS DE ROKHA

No hubo dolor en el momento justo
de oír sobre tu muerte. Fue como si tú mismo la hubieras anunciado
en uno de esos absurdos llamados telefónicos que solías hacer a tus amigos:
una broma sangrienta.
Y la inocencia que, a esas horas, se volvía irritante, la cigarra de una voz
chirriando
en la paja seca del día. No hubo dolor
pero sí, Carlos, la inmediata certeza
de que contigo se eclipsaba la noche
sobre el desierto de un día estable y es como si cayera
un poco de ceniza del cielo sobre tierras eriáceas.

Me he llamado a lo real. Pero qué peso insoportable
tendría ahora un guijarro sobre la palma de la mano. Todas, todas estas pobres
historias
diurnas no son sino desgarradoras. Aquí, también, esta visión confusa
y demasiado nítida de caras conocidas.
Si la vida no es más que una locura
lo que importan son los sueños y aún el delirio, la mentira piadosa
de las palabras en libertad arrojadas
al millar de los vientos nocturnos,
como en tu poesía: la oscuridad vidente:
palabras como brasas, balbuceos del fuego.

Tenías que morir acaso así, como quien
despierta de sí mismo en un acceso de sangre;
es sorprendente, pero natural,
la poesía ha muerto, entre nosotros, fue un sueño
tú sabes qué difícil de conciliar entre otros:
palabras y, en el fondo
sigue a la exaltación un cansancio profundo,
sólo una rabia negra que tiende a confundirse

con la oscuridad. Así
todo era destrucción para ti a ciertas horas
tan fácil recaer en la locura aullando
por un poco de paz en el exceso del bosque.
«Vuelvo al bosque» —escribiste a tu familia a una edad que tendrías para siempre—
hijo el más pródigo de todos, tan dócil
como Isaac pero irrecuperable.
Abraham fue el victimado y el ángel
de la poesía enzarzado en las alas
mal te pudo salvar del autosacrificio
si él mismo era un temblor de hojas, un grito pánico.
Oveja negra como todas las noches
de una misma soledad de cuarenta y dos años.
No es verdad que extraviaras el camino, sólo cabía girar
sobre tus propios pasos en un desierto espeso.
Ella —la poesía— al menos fue tu sombra.
No iba a encender en el hueco de la mano
temblorosa, a la siga de un ciego blasfemante
ninguna luz que no fuera tempestad.



ENRIQUE LIHN CARRASCO (Santiago de Chile, 3 de septiembre de 1929-ibídem 10 de julio de 1988). Una de las voces más lúcidas de la poesía nacional, nació en Santiago el 3 de septiembre de 1929. Pese a ser conocido principalmente por su labor poética, este miembro de la Generación Literaria de 1950 supo también desplegar su discurso ácido y escéptico en el ámbito de la crítica, la narrativa, la dramaturgia, el comic y el happening, convirtiéndose en un fecundo animador de la vida literaria y cultural del Santiago de su época.

Luego de estudiar en el Saint George College, Lihn ingresó al Colegio Alemán, lo que posteriormente recordó en el poema «Nunca salí del horroroso Chile», incluido en el poemario *A partir de Manhattan* (1979): «Nunca salí del habla que el Liceo Alemán/ me inflingió en sus dos patios como en un regimiento/ mordiendo en ella el polvo de un exilio imposible/ Otras lenguas me inspiran un sagrado rencor/ el miedo de perder con la lengua materna/ toda la realidad. Nunca salí de nada».

Posteriormente, el año 1942, ingresó a la Escuela de Bellas Artes de Santiago, en calidad de estudiante libre de dibujo y pintura, dando cuenta de una vocación que permanecería en él, pese a abandonar la formación plástica. A partir de esta experiencia, Lihn no sólo se vincularía al grupo intelectual formado en torno a la Escuela de Bellas Artes, sino que más tarde colaboró

con diversos medios de prensa en el área gráfica, publicando incluso Un cómic (1992), obra realizada en colaboración con Alejandro Jodorowsky, en la cual Lihn ofició como dibujante.

En constante actividad, Enrique Lihn participó en innumerables proyectos editoriales, como la revista Cormorán (1969-1971) y la edición del collage *Quebrantahuesos* (1952). También colaboró con poemas, columnas y artículos de opinión en los diarios El Siglo, Las Últimas Noticias y La Época, así como en Revista de Arte, Atenea, Cauce y Apsi. Asimismo, desarrolló una intensa vida académica, vinculada fundamentalmente al Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile y a los Talleres de Poesía de la Universidad Católica.

Portador de una visión crítica y descarnada de la vida y la literatura, libros como La pieza oscura fijan hitos no sólo para su propia poesía, sino que para el panorama poético chileno en su conjunto. Por su importancia y vastedad, son múltiples los artículos y notas críticas sobre su obra, tanto en Chile como en el extranjero. Enrique Lihn vuelca en su escritura las sospechas que abriga sobre los modos de representación de la realidad en el arte, así como el constante desarraigo que atraviesa sus textos, como sucede con El Paseo Ahumada (1983), libro que también expresa otra de las líneas fundamentales de trabajo de Lihn: la poesía urbana. Otra de las características fundamentales de su obra es la constante apelación al oficio del escritor y al sentido de su hacer, línea de trabajo que desarrolla en *La musiquilla de las pobres esferas* (1969). De sus motivaciones y concepciones en torno a la literatura y el arte quedan las Conversaciones con Enrique Lihn, serie de entrevistas realizadas por Pedro Lastra que recorren el imaginario del poeta. Víctima del cáncer, escribió hasta el último momento de su vida, a pesar de la enfermedad, de lo que surgió el libro Diario de muerte, publicado en forma póstuma por Pedro Lastra y Adriana Valdés.

Enrique Lihn falleció en Santiago el 10 de julio de 1988.

Notas

[1] Este poema está escrito en varias voces. Hablan el narrador y dos mujeres. En cursiva los parlamentos de Raquel. (Todas las notas por Enrique Lihn) <<

[2] Antonio Machado. <<

[3] T. S. Eliot. <<

[4] Rosamel del Valle. <<